

# MENENDEZ PELAYO Y LA LITERATURA ITALIANA

Por CARLOS CONSIGLIO

**S**ÓLO un estudio muy escrupuloso y detenido podría verdaderamente poner de manifiesto el conocimiento profundo que don Marcelino Menéndez Pelayo tuvo de Italia y de la cultura italiana. Investigador profundo e infatigable, puede decirse que no existen puntos de la historia literaria de Italia que le fuesen desconocidos: admirador de Dante y de Petrarca, conoció detenidamente sus obras; lector de Boccaccio y de todos los novelistas italianos que le siguieron, da prueba segura de su conocimiento en los *Orígenes de la novela*; lector de los literatos de los siglos XVI, XVII y XVIII, en cada página de su obra donde se le ocurre hablar de ellos, se nota, no sólo el seguro dominio de los temas que discute, sino también la serena, desapasionada justicia del estudioso honrado y del hombre íntegro, que aprecia lo bello donde se encuentre y se siente ciudadano de cualquier ciudad donde se honre al arte y a la literatura, sin dejar de conservar intacto su apasionado españolismo. ¡Cómo huye de odiosos parangones y cuán serenamente juzga allí donde otros, por un mal entendido amor de patria, se habían cruelmente ensañado! No sólo de doctrina es maestro don Marcelino, sino de elevado sentir y de recta conciencia.

Pero acaso sean de particular interés los juicios que don Marcelino formula con ocasión del viaje que en su juventud hizo por Italia, del que nos ha dejado recuerdo en cinco cartas dirigidas a don José María Pereda y que fueron publicadas por primera vez en la revista *La Tertulia*, de Santander, en el año 1877, coincidiendo con aquel viaje. Contaba entonces don Marcelino sólo veintiún años, y aun cuando ya había dado buena prueba de su madurez intelectual, no deja, sin embargo, de impresionarnos en estas cartas la seriedad con que trata las cosas que ha visto o aprendido y más aún el hecho de que en ellas no se haga ninguna concesión al matiz descriptivo.

Hace algún tiempo oímos decir a un joven crítico, un poco original, como su edad lo requería, que don Marcelino carecía de intimidad. Considerándolas desde un punto de vista vulgar, estas cartas parecen darle un poco la razón. Imaginemos, en efecto, un joven de veintiún años que, por primera vez sale de su patria, España, y se dirige a Italia, tierra llena de atractivos, de bellezas, de diversiones para cualquier turista (téngase en cuenta que se trata de la Italia de 1877). Por amante que sea el joven de la cultura y del arte, por decidido que vaya a aprovechar el viaje para aumentar sus conocimientos, no cabe duda que la belleza de la tierra que pisa por primera vez y su misma edad deberían disuadirle de reducir todo el viaje a una estricta lección.

Y, naturalmente, si además el joven, con pretensiones literarias, se decide a relatar, en forma epistolar a un amigo, las impresiones de su viaje, debiéramos esperar en estas cartas algún indicio de entusiasmo para el paisaje y para las diversiones que han amenizado su estancia en aquella tierra.

Entusiasmo, desde luego, no le faltaba. El joven literato llega apenas a Italia, y su alegría se anuncia con las frases bien significativas que abren la primera carta: «Et in Arcadia ego». Séame lícito traer a mi cuento estas palabras que se escribieron con propósito muy distinto. También yo he venido a Italia, y, lo que es más, a Roma». Pero todo lo otro quizá decepcione un poco. Ahora nosotros no hacemos a don Marcelino el agravio de creer que su

espíritu no se complaciese en la admiración de cuantas bellezas artísticas y naturales le ofrecía la península. Pero describirlas, esto era otra cosa. Don Marcelino no era un poeta ni un novelista. Estamos seguros de que sus descripciones hubieran resultado profundas e interesantes; pero él sabe que no es aquél su oficio y renuncia a ello con un pudor que no está privado de encanto, excusándose con una frase de Salustio: «De esto vale más callar que decir poco.»

Así, si estas cartas de Italia pareciesen a alguien confirmar el severo juicio del joven crítico, quisiéramos preguntar: ¿y qué sabemos nosotros qué tesoros de íntimo deleite suscitó en el polígrafo santanderino la vista del Foro Romano y del Golfo de Nápoles, por ejemplo? ¿No es, quizá, más sincera y profunda su intimidad, que no se disipa en la rebusca de vanas palabras y calla por no «decir poco», frente a otras presuntas intimidades que se divulgan en descripciones grandilocuentes, ricas de retórica y de lugares comunes? Pero aún hay que hacer otra consideración. En estas cartas habla don Marcelino de los españoles ilustres que fueron a Italia y trata de las bibliotecas de Roma, de la de Nápoles; Florencia le ofrece ocasión para recorrer en admirable síntesis la literatura italiana; Venecia y Milán le proporcionan el motivo para presentar la literatura contemporánea suya. Todo dicho con admirable exactitud y seguridad de visión, pero también con verdadero sentido de calor afectuoso hacia los asuntos que trata. Llega el estudioso santanderino a Roma, a Nápoles, admira los monumentos, contempla los panoramas, pero después corre a encerrarse en las bibliotecas y allí busca ansioso y afanoso de encontrar libros desconocidos para él, textos que no posee en la suya, tan rica y que hoy es honor y gloria de Santander. Y bien: ¿no es también ésta una forma de intimidad? No la intimidad sentimental del romántico, no la intimidad encendida del pasional, sino la intimidad serena del erudito que ha hecho del estudio y de su principal instrumento, el libro, el fin fundamental de su vida. Sabemos que para un visitante apresurado y desatento, una biblioteca es perfectamente igual a otra biblioteca. Tal vez para don Marcelino una ciudad pudiera ser igual

a otra ciudad; mas ¿qué tesoros de novedad no revelaría, en cambio, a su penetrante ojo de bibliófilo una colección de libros que visitase por primera vez! No nos hagamos, pues, monopolizadores de la intimidad; no seamos soberbios al creer que sólo nuestros sentimientos son verdaderamente tales, y admiremos, por el contrario, en Menéndez Pelayo el mérito de haber sabido poner en práctica el elevadísimo consejo de San Juan de la Cruz: «desembarazarse de todo lo no espiritual y no embarazarse con lo espiritual».

Don Marcelino juzga siempre con tan alto y sereno ánimo que encanta. Dejemos a un lado la parte que él mismo llama de «prosaísmo bibliográfico»; esto es: las cartas II y III, y detengámonos sólo sobre las dos últimas, o sea sobre aquellas de tema literario. Y en seguida nos encontramos con una intuición de prodigiosa exactitud:

«Dante es, en verdad —nos dice—, no sólo el poeta cristiano, sino por excelencia el poeta *escolástico* y *teólogo*, la personificación artística de la ciencia de la Edad Media.» No se podría con menos palabras definir más exactamente al más grande poeta italiano; e igualmente perfecta es la definición de su obra: «no un poema *épico*, nombre impropio que le ha dado *a posteriori* la pedantería de críticos y preceptistas empeñados en poner nombres a todo, sino una obra titánica, no reducible a ninguno de los géneros conocidos, obra a la vez de carácter íntimo y de carácter universal; obra en la que pusieron mano cielo y tierra, para decirlo de una vez».

No nos es posible, naturalmente, seguir a don Marcelino en todo su viaje ideal, que, desarrollándose en la ciudad de Florencia, se detiene precisamente cuando esta ciudad se ve obligada a compartir su supremacía literaria con otras ciudades. Pero es verdaderamente interesante, en la última carta, notar cómo su juicio nada pierde de serenidad y de exactitud cuando trata de escritores de su siglo y hasta de sus contemporáneos.

Me limitaré a dos solos ejemplos: He aquí cuanto dice de Parini: «Parini no era muy espontáneo: cada verso suyo muestra haber sido limado y caldeado cien veces; pero tal es precisamente

la condición esencial del instrumento rítmico que él empleaba. Profesó el poeta lombardo de quien escribo verdadero culto al arte, y así, por esto como por no haberse manchado jamás con los vicios morales y literarios comunes a su siglo, vino a ser como el patriarca y corifeo de una nueva y generosa escuela que se continúa en casi todo el siglo presente, y que (¡cosa rara!) inaugurándose con un poeta clásico y semilatino, acaba por abrirse a la invasión romántica más que ninguna otra escuela italiana.» Ahora bien: el juicio crítico contenido en estas frases es fruto de una genial intuición de don Marcelino, porque en su tiempo se habla de bien distinta manera sobre Parini, y sólo ulteriores pesquisas y más cuidadosas investigaciones ofrecen hoy, en la crítica contemporánea, una fisonomía de Parini que no desdice del juicio que hemos relatado.

Y veamos lo que dice de Leopardi: «... llamado por algunos el lírico de la desesperación y de la muerte, pero a quien yo llamo con igual razón el lírico de la forma pura y de la armonía clásica, el que más se ha acercado a los antiguos en estas condiciones. Si Foscolo era un griego de Alejandría, Leopardi es un griego de Atenas y de la era de Pericles.» Juicio certero de gran finura. Y de semejante manera aparecen altamente adivinadas ciertas breves frases que caracterizan y definen perfectamente a los escritores a que se refieren: «Giacomo Zanella, erudito veneciano, algo prosaico a veces...», «Guerrazzi, talento poderoso, aunque desigual y muy poco simpático...» «y aquel Silvio Pellico, no grande ingenio, pero sí grande alma».

Alguno podrá preguntarse si era necesario ir a Italia para escribir esto. Pero aquí retorna el problema de la intimidad espiritual. Es verdad que a todos estos escritores los había leído y estudiado don Marcelino en España, pero uno por uno y no seguramente en orden. Ahora el aire de Italia le trae a la memoria aquellos recuerdos y se los recompone en la mente en síntesis ordenada y armónica.

¡Mente noblemente perfecta la de don Marcelino! Y valga para honra de su patria, que venera su memoria.